

regía aquel hombre, hasta que se firmó la paz con el enemigo en 2 de Febrero de 1848, en la ciudad de Guadalupe Hidalgo.

Siguió luego una época de postración pública. Los gobernadores como Juárez comprendieron que era indispensable emprender una obra de reparación social, y á ella se dedicaron, no sin tener aquél que vencer algunas dificultades, suscitadas por malos rumores, que dieron origen á serias complicaciones entre la autoridad civil y la militar y que felizmente acabó por un arreglo amistoso entre Juárez, Gobernador del Estado, y Castellanos, Jefe de las armas.

Juárez terminó su período llevando á cabo con una diligencia superior á todo elogio, la organización del Estado. Acabóse de establecer en él, el contrato, se amortizó la deuda pública, se pagó el contingente federal, y la República entera lo aclamó un Estado modelo.

Entre tanto, el puesto culminante de la Presidencia de la República había sustentado las efímeras personalidades de los que fueron exaltados por los motines y por las necesidades de la situación. Cuando Juárez, obediente al principio de no reelección, proclamado en la Constitución del Estado, se retiró á la vida pacífica del abogado y del educador de la juventud en los colegios, los acontecimientos habían preparado la vuelta de Santa-Anna, y el tránsito de todos los partidos, el vencido de Texas, Cerro Gordo y el Valle de México; el general inepto que después de traicionar á sus conciudadanos había comprometido la honra nacional, volvía á recibir los destinos de un país á quien había servido tan mal, de manos de un partido todavía alucinado por la vanagloria de un caudillo sin honor.

Volvió Santa-Anna, y su primer pensamiento fué el de humillar á los pocos hombres que como Juárez, no habían inclinado la cerviz ante su esplendor; á los pocos hombres que como D. Joaquín Ruiz, protestaban llenos de indignación contra los abyectos que se arrastraban ante los fulgores de ese astro sin luz propia, de ese ídolo político, que una revolución ilustrada había de arrojar al pie de su pedestal, para que la posteridad le recogiera esa inmerecida admiración de que tal vez se creyó acreedor, y para relegarlo al desprecio histórico, que es el panteón en donde reposan los recuerdos de los muertos políticos.

En 20 de Abril de 1853, entró Santa-Anna á México en medio de los aplausos de sus partidarios y prestó un juramento ante la Suprema Corte de Justicia, que no cumplió en ninguna de sus partes. Juró defender la integridad del territorio nacional, y vendió gran parte de nuestro suelo; juró promover la prosperidad de la Nación, y labró su ruina y desprestigio; ju-

ró sujetarse á las bases adoptadas por un plan liberal y se arrojó á los brazos del clericalismo.

Compuso su gabinete de hombres como Alamán, el envidioso de las glorias de nuestros héroes de la independencia, el difamador de nuestras grandezas y el jefe del gabinete que compró la cabeza de Guerrero. De hombres como Blanco, militar servil, ministro abyecto, más digno de manejar las riendas de un coche que las riendas de un Estado, y de hombres como Haro y Tamariz, ambiciosos y sin abnegación.

Entonces principió á desplegarse el fausto de aquel imperio de sainete, lleno de lances cómicos y de situaciones en caricatura. Dos grandes dificultades se oponían á aquel lujo y á aquella profanación: la falta de recursos y la protesta de los hombres honrados y circunspectos. Lo primero quedó remediado con el reconocimiento de la Comisión de bonos por la casa Lizardi, la venta de la Mesilla á los Estados Unidos, los contratos con agiotistas, el aumento de impuestos y la creación de contribuciones, como la de puertas y ventanas. Para evitar la segunda dificultad, declararse *Alteza Serentísima*, arrancar de su hogar al hombre pacífico para convertirlo en soldado, destituir de sus cargos á los que se mostraron desafectos; aumentar el espionaje, fusilar á los descontentos y fulminar órdenes de proscripción, plagiando oficialmente á los condenados que sin motivo alguno se veían de la noche á la mañana lejos de su familia y en extraño suelo.

Ocampo fué una de esas víctimas. Juárez fué otra.

Juárez, que desde el cumplimiento del cargo que desempeñó como Gobernador del Estado, se había retirado á la vida privada, encontróse á la llegada de Santa-Anna en Etlá, arreglando algún negocio de su profesión. Allí fué encarcelado violentamente y llevado á Puebla, en donde el hijo del dictador se apoderó de su persona y lo condujo hasta Veracruz. Sufrió un encierro en los calabozos de Ulúa, y á los cuatro días se le trasbordó á un paquete inglés que zarpó á la Habana, en donde Juárez permaneció algún tiempo.

De la Habana pasó á N. Orleans, en cuyo puerto se proporcionaba el sustento con su trabajo personal, viviendo con miseria en el barrio más pobre de aquella ciudad, pero siempre resignado y fuerte ante el infortunio.

El estudio del inglés y de la Constitución americana, era la única distracción que podía proporcionarse en sus horas de destierro.

Así permaneció dos años dos meses, hasta que los nuevos acontecimientos de su patria le proporcionaron manera de devolverse á su sue-

lo natal. La revolución de Ayutla principiaba á vislumbrarse en el horizonte político de nuestra nación.

Ya los primeros fulgores brotaban del Sur, prometiendo una tempestad cargada de rayos. Ya era necesario; la atmósfera social estaba viciada con los miasmas de una situación prostrada y descompuesta.

La sociedad, formada de seres en cuyas almas habíanse esterilizado ya todos los gérmenes de las grandes ideas, llegó á la postración de la decrepitud pública, y era indispensable que los elementos juveniles del país vinieran á sustituirla, demoliendo las ruinas de la vieja sociedad para levantar, sobre nuevos cimientos, el monumento del porvenir nacional, el gran edificio á cuyos pies veríamos después estrellarse los impotentes esfuerzos de la reacción, sin alcanzar sus fines; antes por el contrario, sirviendo para demostrar al mundo que las bases sobre las cuales descansaba eran firmes, sólidas y capaces de resistir todas las tormentas del porvenir.

La revolución de Ayutla, iniciada en el pueblo de ese nombre por el coronel Florencio Villarreal, había levantado la bandera de la regeneración para restaurar el arruinado edificio de la soberanía nacional.

El 1.º de Marzo de 1854 se proclamó el plan en el que se desconocía la autoridad del dictador, se convocaba á un Congreso Constituyente y se invitaba para secundar dicho plan á los Excmos. generales Bravo, Alvarez y Moreno.

Santa-Anna marchó en contra de los pronunciados; pero el Estado en que se levantó ese grito de libertad era inexpugnable y allí sufrió crueles humillaciones, que el servilismo del partido santanista se encargó de disimular en la Capital con ovaciones y arcos triunfales.

Entonces fué cuando el tirano mandó decretar un plebiscito para que todos los habitantes de la República manifestasen su opinión sobre quién debía ocupar la Presidencia de la Nación, castigando hasta con la muerte á los que declarasen contra sus intenciones.

Pero todo fué inútil: la revolución prendía eficazmente en un terreno dispuesto ya á las reformas que aquella proclamaba; y ante la impotencia de oponerse al torrente que se desbordaba, escapó Santa-Anna cobardemente el 9 de Agosto, dejando comprometidos á sus más fieles servidores.

El general Rómulo Díaz de la Vega proclamó un plan apoyando el de Ayutla y que fué sostenido por la guarnición de México; es decir, por los mismos que momentos antes sostenían principios abiertamente opuestos á aquellos á los que por el nuevo plan se sujetaban.

La Revolución, en tanto, prosperaba día á

día; el general Alvarez convocó una junta que lo nombró Presidente provisional, satisfaciendo así las exigencias de la fracción liberal reformista que no perdió nunca de vista las reformas iniciadas por Farías, y entre cuyos ardientes partidarios se contaba Juárez, que fué nombrado Secretario de Justicia por el nuevo Ejecutivo.

El desterrado de Nueva Orleans había vuelto á la patria á los primeros anuncios de la revolución de Ayutla.

Una de las primeras obras de Juárez en su encargo, fué la expedición de la ley de 55, suprimiendo los tribunales especiales, los fueros y privilegios del clero y del Ejército, y como era de esperarse, suscitó una oposición tenaz en el partido conservador.

Los ánimos principiaban á exacerbarse, la discordia empezó á introducirse entre los mismos liberales, y en tales circunstancias fué cuando el general Alvarez, celoso siempre del bien de su patria, renunció el poder, que dejó en manos del general Comonfort.

Pero Comonfort no era el hombre adecuado á las dificultades de aquellos momentos: era débil, y se necesitaba un hombre fuerte; se mostraba vacilante, y se necesitaba un hombre enérgico; era condescendiente, y se necesitaba un alma rigurosa é inflexible.

Los hombres que rodeaban á Comonfort en el gabinete discrepaban radicalmente en su carácter; muy pronto se tuvieron que apartar de él; y tan pronto, que Ocampo habló en un folleto de sus días de ministerio y Juárez también se hubiese excusado de tomar participo en aquella política ambigua si su patriotismo no lo hubiese reclamado para responder al llamamiento que se le hacía en esos instantes en que debido al prestigio de su nombre, pudo salvarse Oaxaca de la profunda anarquía en que se hallaba.

Entre tanto, las reacciones tomaban cuerpo en sublevaciones, protestas, motines y gritería de la gente religiosa. El espíritu pusilánime del Presidente abultaba el peligro que le amenazaba, y aquel soldado tan valiente en los conflictos materiales de dos ejércitos que chocan, temblaba como débil hoja ante los anatemas, ante los estigmas, intolerancias y terribles resentimientos que el retroceso levanta en el campo moral de sus represalias, para amenazar á los que sin la energía necesaria quieren aparecer personificando las ideas del progreso.

Comonfort era muy débil para sostener el peso de la situación, y agobiado bajo su gran pesadumbre, tenía que rendirse ante la adversidad; pero la adversidad era la infidencia, el perjurio, la traición.

Juárez no descansaba un solo instante; al hacerse cargo del Gobierno de Oaxaca emprendió nuevas tareas. Organizó la administración de Justicia y fué el primer gobernante que dió en la República una forma codificada á la legislación.

Los acontecimientos se vienen exaltando en esta época; el Congreso nombra la Comisión que debe redactar la nueva Constitución; la perspectiva de esta ley, que se preparaba altamente liberal, la abolición de los fueros y prerogativas, y la ley de desamortización de las fincas de corporaciones civiles y eclesiásticas de 25 de Junio de 56, produjo la desesperación del partido clerical, que no perdonaba medio de prostituir al hombre en quien se vinculaba el éxito de las reformas.

La Constitución se expidió al fin, y Juárez, que seguía las fases de la política general, excitó á la Legislatura del Estado para que á ejemplo del Congreso nacional, expidiera su Constitución local.

Comonfort se veía arrastrado por los acontecimientos, contra los cuales venía oponiendo la inercia de su escepticismo político y la inseguridad de una conducta desleal. Salió electo Presidente al mismo tiempo que Juárez era llamado de nuevo al puesto de Gobernador en su Estado y al de Presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación.

Eran los primeros funcionarios emanados de la Constitución.

Ya en pleno orden constitucional, hubo necesidad de que el Gobierno solicitara la supresión de las garantías que aquella otorgaba; medida que el Congreso aprobó, después de un maduro examen y sólo por la confianza que Juárez inspiraba en el Gabinete.

Pero ya entonces principiaba á murmurarse un golpe de Estado. El diputado Baz, enemigo de una conmoción profunda y de los aplausos del público, repetía que á la mañana siguiente sería disuelta la Representación Nacional.

Y en efecto, el día indicado por Baz, Zuloaga ocupaba la Capital y Juárez y el presidente del Congreso eran reducidos á prisión.

En las esquinas aparecía una proclama de Zuloaga encabezando un plan político.

La traición se había consumado. Comonfort se había suicidado políticamente y la Constitución quedaba postrada, hasta que la mano enérgica de Juárez la viniese á restaurar sobre sus antiguos cimientos. Fué necesario empezar, desde donde Ayutla había principiado, y esta gigantesca tarea estaba destinada para nuestro patrio sublime, ante cuya energía tomaría consistencia y unidad la frustrada soberanía del pueblo.

Comonfort abandonó la situación y Juárez se retiró á Guadalajara, en donde á consecuencia de los acontecimientos de Salamanca, adversos á la causa constitucional, se suscitó un motín entre la guarnición.

Allí Juárez mostró toda la entereza de su carácter firme y sólido; en el trance supremo del peligro, se mostraba resignado y conforme con su martirio.

Los asesinos habían tendido sus armas apuntando al pecho del Presidente y sus ministros, y sólo debido al valor del Comandante Alvarez, la generosidad de Cruz Aedo y la elocuencia de Prieto, lograron salvar una vida sublime, aquella en que como en ánfora sagrada, se guardaban todas nuestras esperanzas públicas.

Landa pretendió arrancar á Juárez una orden para que las fuerzas constitucionales suspendieran el fuego, amenazándole con la muerte: una negativa absoluta fué lo único que obtuvo en respuesta. Con hombres de esa naturaleza no podía nunca malograrse el triunfo de las grandes ideas que entonces disputaba el partido liberal.

Juárez, después de permanecer algunos días en Guadalajara, salió con rumbo á Colima, siendo perseguido en su camino por el coronel Landa, encarnizado contra los sostenedores de la causa liberal.

En Santa Ana Amatlán fueron alcanzadas las pequeñas fuerzas que acompañaban al Gabinete y el valiente coronel Iniestra opuso una resistencia gloriosa á sus enemigos, superiores en número y elementos.

El Sr. Juárez, que comprendió cuán crítica era la situación, aconsejaba á sus ministros salirse de aquel local con todas las precauciones posibles para no ser vistos del enemigo; en cuanto á él, es decir, Juárez, quedaría á seguir la suerte de aquella fuerza; pero esta heroica resolución no fué admitida por los ministros, que se negaron enérgicamente á abandonar un puesto en que el honor y el patriotismo los colocaba.

La Comitiva prosiguió su marcha hácia Colima, en donde fué nombrado Ministro de la Guerra D. Santos Degollado, quien quedó investido de facultades omnímodas en los Estados de Occidente y Norte.

El 14 de Abril se embarcó Juárez con sus ministros Ocampo, Prieto, Ruiz y Guzmán, con destino á Panamá. Atravesó el istmo, tomando en Colón el vapor *Granada* que arribó á la Habana; de este puerto pasaron á Nueva Orleans y de allí á Veracruz, donde se estableció el Gobierno el 5 de Mayo de 1858, bajo la protección del Gobierno de D. Manuel Gutiérrez Zamora.

En pocos días la República estaba conver-

tida en un campo de batalla. Echegaray se pronunció contra el llamado Presidente y Robles Pezuela secundaba el plan en la Capital, apoyado por el círculo moderado.

Se convocó una Junta que nombró Presidente á Miramón, joven de una audacia sin límites, pero ignorante y sin convicciones públicas.

Entonces fué cuando pensó atacar á Veracruz, y el 17 de Marzo se encontraban en Tejería las fuerzas reaccionarias.

Veracruz estaba dispuesto á la lucha; todavía más, la deseaba ardientemente; pero contra toda esperanza, el enemigo se retiraba con el objeto de auxiliar á la Capital amenazada por las fuerzas republicanas que mandaba el general Degollado.

La causa constitucional sufrió aquí una derrota completa; pero los nombres de Márquez y Miramón se mancillaron para siempre con los asesinatos de Tacubaya, donde corrió la sangre de víctimas inocentes que clamaban todavía contra la execrable memoria de los verdugos, condenados ya en la historia, reprobados por todo lo que sea conciencia y honradez; muertos en todos los corazones generosos, y sólo aplaudidos y exaltados por el clero, que nunca ha reconocido más ley que la venganza cruel y la infame represalia.

Juárez no perdía tiempo; dispúsose á cumplir la promesa solemne de la revolución y en 7 de Julio de 1859 se publicó un manifiesto, documento preciosísimo en que se externaba aquel Gobierno con una lealtad que parecía haberse adquirido en razón del lugar en que se hallaba entonces; un manifiesto que respiraba franqueza costeña; un manifiesto, en fin, en que se revelaba el espíritu veracruzano.

Allí se anunció la supresión de las corporaciones religiosas, la extinción de las cofradías, hermandades, etc.; la clausura de los noviciados, la nacionalización de los bienes religiosos y otras reformas extraordinarias y trascendentes; *los trabajos de Hércules*, en fin, del gran partido liberal.

El clero comprendió toda la trascendencia del golpe; se le despojaba de todos los elementos materiales y morales que hasta entonces habían constituido su fuerza y se horrorizaba ante la perspectiva de desvalimiento é impotencia á que iba á quedar reducido. La lucha, pues, iba á ser en virtud de su propia conservación y el duelo á que el gobierno liberal retaba al clericalismo, tenía que ser á muerte.

Miramón, el brazo armado de los enemigos de la Constitución, recibió todos los elementos reunidos por el fervor de un partido sediento de la ruina de su temible rival.

Y mientras que por el mar se preparaba en

Veracruz un ataque al legítimo gobierno, el titulado Presidente, á la cabeza de un numeroso ejército, se disponía á la temeraria empresa.

Veracruz se dispuso al combate, y antes de principiar las hostilidades, el capitán de la Marina inglesa, Aldhen, se ofreció á Juárez y á Miramón para procurar un avenimiento entre ambos partidos.

La mediación propuesta tenía que chocar con la inflexibilidad de una conducta impuesta por parte del Gobierno federal, nó por el interés personal de un caudillo, sino por la razón constitucional que presidía como ley suprema é ineludible, la volición nacional representada en aquel grupo de grandes hombres que sacrificaban su *yo individual* en aras del *yo nacional*.

Y decimos que debía fracasar aquella intervención amistosa, porque tenía por base el sacrificio de una porción de los derechos de cada una de las partes contendientes.

La proposición podía haber producido resultados propicios á la paz entre los conservadores que no tienen un principio seguro y firme en sus determinaciones; mas no así entre liberales, que no entienden de transacciones, si por ellas se infringen las leyes constitucionales, que son el poderoso secreto de su prestigio.

Por ese tiempo, el Gobierno general destituyó del mando que se le había encomendado al general Degollado, sustituyéndolo con el general González Ortega, que después alcanzó un triunfo en Calpulalpam; triunfo que abrió las puertas al gobierno residente en Veracruz.

El 10 de Enero de 1861 llegaron á la Capital Juárez y su ministerio, y entonces fué cuando se creyó consolidada la paz pública.

Publicóse un manifiesto en que se felicitaba al heroico pueblo á cuya cooperación se debían los grandes triunfos de la "Guerra de tres años;" expulsóse á los ministros extranjeros que habían tomado parte en los esfuerzos del clericalismo contra el gobierno legítimo; libráronse órdenes de deportación contra los Obispos que más perjuicios habían originado á la causa de la libertad; se nombró nuevo Ministerio; se convocó á la Nación para nuevas elecciones, y Juárez fué el elegido del pueblo para desempeñar el primer puesto de nuestras instituciones.

El segundo Congreso constitucional se había formado de la juventud útil é inteligente de nuestros Estados, y entonces fué cuando tuvo ese Cuerpo todas las manifestaciones viriles de una vida llena de altivez y grandeza.

Fué entonces cuando se levantó la voz de Hernández y Hernández, aquel simpático orador que hablaba con todo el fuego y juvenil ardor de su alma de costeño; fué entonces cuando Altamirano pedía la cabeza de Payno,